



AGUSTIN GARCIA CALVO, UN FILOSOFO CONTRA EL ESTADO

Mal que le pese, **Agustín García Calvo** es ya una leyenda viva, un mito revestido de *foulards* multicolores que sigue la herencia de los viejos filósofos anarquistas y peripatéticos. La fundación Juan March le ha servido recientemente para hablar de gramática y de la lengua española, que son dos cosas de las que sabe y de las que, lógicamente, presume.

«No creo en España ni en las Españitas»

Por LUIS SANCHEZ BARDON/Fotos: PEDRO CORRO

—A propósito, ¿España ha perdido la batalla de la lengua?

—¿En cuanto lengua imperial? No lo creo. Imperio español ya hace mucho tiempo que no hay, pero inglés, tampoco. De hecho, en Estados Unidos los hispanohablantes están llegando a cotas bastante altas. Pero a mí me interesa la gramática como tal, los avatares sociales y políticos me dejan bastante frío.

—¿España es un país de gramática parda?

—¿En el sentido de listeza? ¿Quiere decir eso que los españoles somos especialmente listos o más bien taimados? Como no creo en las naciones ni en los rasgos nacionales, me importa más bien poco. Tampoco creo en España o lo poco que creo tampoco me importa. Aquí, como en cualquier parte, se encuentran gentes más o menos ágiles de pensamiento, más o menos astutas que hacen su propia guerra.

—Precisamente ahora que todo el mundo cree en su pequeña España.

—¿En las Españitas? Me parece lo mismo. Yo en lo que no creo y a lo que no presto fe es a los Estados en general. Ese es un invento mortal para el pueblo, se llame España o de cualquier manera. Yo niego mi fe y mi asentimiento a la imposición de esas entidades abstractas sobre las gentes de mi pueblo.

—¿Y Europa? ¿No cree en Europa?

—Entre los políticos, incluso entre los anarquistas de otros tiempos, hubo una cierta confianza de que tanto los movimientos separatistas como los internacionalistas podían derrumbar al Estado en cualquier momento. La his-

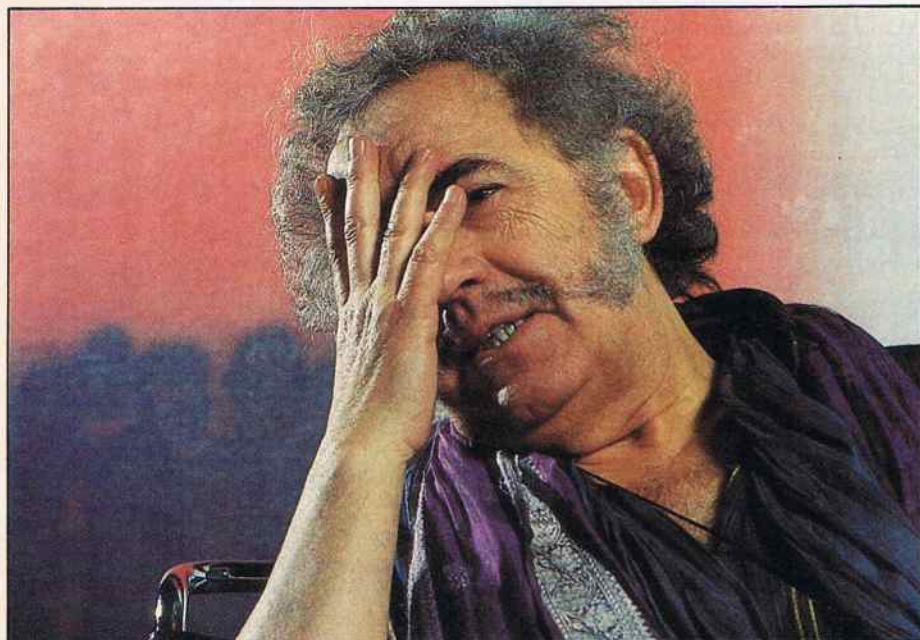
toria de los últimos decenios ha demostrado que tampoco es eso, que esta historia nuestra de las autonomías es absolutamente contradictoria con la formación del mercado europeo de la CEE y que, lejos de desintegrar o poner en tela de juicio los Estados, parece que lo renuevan y confirman. Es así, por desgracia. Las actitudes ante el Estado deberían ser negativas en todo lo posible y en la medida en que la negación dé lugar a otro invento que sea más positivo.

—En este sentido, el anarquismo tiene poco porvenir.

—Los movimientos anarquistas han estado muy florecientes estos años, especialmente a favor de la rebelión de los estudiantes y muchachos en los años sesenta. Yo no creo que los tiempos sean muy favorables ni opuestos no vamos a decir al anarquismo, sino a la rebelión. Quiero decir que no confío, como algunos, que cuanto más progresa la opresión del Estado o del capital en nuestros días, más va a favorecer el que el pueblo estalle y se levante.

—Por ejemplo.

—Pues, mira, se siguen fabricando autos que no sirven nada más que para estorbar y amargar la vida, y la gente sigue comprándolos. Ver a la gente también que acepta la opresión de la televisión y de la formación de masas casi como si fuera un gusto per-



sonal. Por tanto, claro, las formas más tremendas de la oposición progresada que nos ha tocado no parece que sean una garantía de rebelión. Tampoco creo que los regímenes muy abiertos la favorezcan. Mi confianza está únicamente en la imperfección del sistema, en que todos esos horrores y toda esa muerte de la vida posible de los pueblos no acabe nunca de cerrarse.

—Hablando de nacionalismos, usted conoció bien a ETA.

—Muy de lejos, ¿eh? Conocí en París los tiempos heroicos de su lucha, me molesté en tener algunas discusiones con ellos. Y siempre les mostré que la creación de una pequeña España es una trivialidad y que lo de hacer la revolución dentro de su contexto no tenía mucho sentido. Luego me he ido desentendiendo del caso. Se me ha hecho más o menos triste y sangriento, pero más trivial también y poco digno de consideración.

—¿Usted cree todavía en algo?

—Me asiste una falta de desconfianza. El término creer es muy malo, porque se cree en Dios o en algún sustituto suyo como la Banca en estos momentos.

—El dios más moderno es ahora un señor que se llama Mario Conde.

—¿Mario qué?

—Conde.

—No me suena. Yo es que me mantengo todo lo que puedo al margen de los medios de formación de masas.

—Sé también que se resiste a salir en la televisión.

—¿Quién? ¿Ese Mario Conde? Entonces me cae bien, en eso estamos hermanos.

—No, no. Me refiero a usted.

—¡Ah!, ya me extrañaba que un ban-

quero renunciara a eso. Yo, por supuesto, he puesto una raya ahí. Aunque he transigido con la prensa y con la radio, me paso los años negándome a propuestas y perdiéndome millones en promoción, porque el oro no es incomparablemente poderoso. Pero me ha parecido que la televisión es el chisme más representativo de todo lo más oído, de todo lo que se puede dar en las formas más avanzadas de opresión y yo no podía pasar por ahí. Hay cosas demasiado claras. Jamás se me ocurrirá aprender a conducir un auto por pura repugnancia a la institución.

—¿Este mayo es también un mes de nostalgia para usted?

—Me tiene sencillamente harto la conmemoración. Me dejo llevar a algunos actos para, en la medida de mis fuerzas, intentar desvirtuar esa mala intención de magnificar aquellas fechas. Aquello no fue un hecho histórico, sino un hecho fuera de la historia, fuera de lo previsible y ahí reside su gracia.

—¿A qué tiene más miedo: al SIDA o al V Centenario?

—Asco más directo y repulsión a lo del V Centenario, porque efectivamente es una cosa que nos toca a todos, es una de las formas de opresión considerable y una de las utilizaciones del capital y del Estado para el entontecimiento y dominio de las gentes. Pobre Sevilla, en donde pasé cinco maravillosos años de mi vida y a la que van a

●● González me invitó una vez a cenar en Moncloa y le mandé una carta pidiéndole que hiciera cosas a contracorriente ●●

destruozar con el consentimiento estatal.

—¿Y el SIDA?

—Para mí es un capítulo de periódicos. Es verdad que he tenido cerca de mí muchachos jóvenes que han muerto de eso que se dice SIDA y en lo que nunca he creído más allá de la cuenta. Estoy en contra, sobre todo, de su carácter de invento, contra su nombre y contra su función moral.

—¿Acrata o anarquista?

—Ninguno. Los nombres son configuraciones y su negación griega de la a en ambos casos ya es simbólico.

—¿Cuántos foulards tiene?

—No lo sé, me los renuevo constantemente. Me los pongo más o menos vistosos dependiendo de mi estado de humor. Una vez tengo más ganas de disfrazarme y otras menos.

—¿Alguna vez utilizó corbata?

—En tiempos muy lejanos, hace unos treinta años. Ya ha llovido, ¿eh? Yo me revelé en seguida contra el traje y cuando vinieron los hippies me encontraron ya vestido. Parece no tener importancia, pero es el uniforme que impone el capital.

—¿Qué le pareció lo del Mystère de Guerra?

—¿Qué misterio es ése?

—Misterio no, Mystère.

—Es que me hablas de cosas de las que no me entero. Antes, lo de Mario Conde ése, ahora... Espera, espera. Guerra, el vicepresidente, ¿no? Sí, sí, a éstos los conozco porque andaban por Sevilla cuando yo estaba allí.

—¿Y no les ha seguido la pista?

—Hace muchos años que no. Una vez me invité el presidente para cenar en La Moncloa y no pude. Le mandé una carta muy amigable recordándole los buenos tiempos y proponiéndole arbitrios, es decir, cosas que yo creo que habría que hacer contra corriente. Por ejemplo, romper con los fines de semana y hacer turnos, de tal manera que se trabaje continuamente y se remedie el paro. Y más cosas por el estilo. Pero yo creo que no me ha hecho mucho caso.

—¿Es usted García Calvo o un impostor?

—Soy el mismo y no soy el mismo. Sigo llamándome de la misma manera y soy otro. En esta contradicción vivo, como todos.

—Dígame una frase para terminar.

—Tendría que citarte a Heráclito. «Siendo esta razón la misma de siempre y estando aquí viven los hombres como si no se dieran cuenta de ello, dándose cuenta en hechos y en palabras, pero por creer cada uno que tiene su razón, de esa manera la razón común les desasiste.» O sea, y más simple, que «común a todos es pensar».